

que yo écharé en los cimientos de Sion una piedra, una piedra escogida, angular, preciosa, afirmada en el fundamento: el que creyere, no se apresure." Los apóstoles San Pedro y San Pablo citan esta profecía relativa al Mesías.

Las palabras de nuestro Salvador: "El que cayere sobre esta piedra, se quebrantará; mas ella destruirá á aquel sobre quien cayere," se explican así: el que durante su vida no ha reconocido al Mesías en él, y se ha escandalizado en él, ha causado gran perjuicio á su alma; pero aquel que haya perseverado en la incredulidad, será destruido por esta piedra en el día del juicio.

"Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas trataban de prenderle en aquella misma hora, porque vieron que habia dicho aquella parábola por ellos; pero temieron á las turbas porque le miraban como á un profeta, y dejándole se fueron. (San Mateo, XXI, 33 á 46, San Marcos, XI, 27 y XII, 11 y 12, y San Lucas, X, 1 á 19)."

CAPITULO V.

PARABOLA DE LAS BODAS: VESTIDURA NUPCIAL.

"Y continuando Jesus, les dijo tambien en parábolas: El reino de los cielos es semejante á un rey (*) que celebró las bodas de su hijo y envió sus siervos á llamar

(*) Este es el Padre Eterno. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXII de San Mateo).

á los convidados (*) á las bodas, y éstos no querian ir. Otra vez envió otros siervos (**) diciendo: Decid á los convidados: Ved que he preparado mi banquete: he mandado matar mis bueyes y otros animales cebados, y todo está dispuesto: venid á las bodas. Mas ellos no hicieron caso y se marcharon, el uno á su granja y el otro á sus negocios; y los demas prendieron á los siervos, y despues de llenarlos de injurias, los mataron. Habiendo llegado á noticia del rey, se irritó, y enviando sus ejércitos, exterminó aquellos homicidas y quemó su ciudad. Entonces dijo á sus siervos: El banquete nupcial está preparado; pero los convidados no han sido dignos (***): salid, pues, á las encrucijadas y convidad á las bodas á cuantos hallareis. Y saliendo sus siervos á los cami-

(*) Los primeros convidados fueron los judíos, llamados por la voz de los profetas. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXII de San Mateo).

(**) Estos segundos siervos nos figuran los últimos profetas que envió el Señor, y señaladamente á San Juan Bautista. (San Chrysóstomo). Figura tambien á los apóstoles, y otros varones apostólicos, que este gran Padre de familias, cuya bondad y paciencia no tiene límites, aun despues de haber visto que habian quitado inhumanamente la vida á su Hijo y al heredero de la viña, les envió nuevamente para llamarlos y convidarlos á su celestial banquete; pero anegados en el cuidado de las cosas temporales, desecharon el precio de la muerte del Redentor. Y no contentos con esto, persiguieron de muerte, maltrataron y quitaron la vida á estos siervos que les habia enviado. Por lo que irritado este Rey celestial, envió los ejércitos romanos, que destruyeron é incendiaron á Jerusalem, pagando los judíos la pena de su perfidia con castigos muy terribles, que pueden leerse en Josefo. (Bel. Jud. Lib. IV, Cap. XLV). (Idem idem).

(***) De asistir á ellas. Esto tocaba á los judíos. (Idem idem).

nos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y se llenó la sala nupcial de convidados (*). Mas entró el rey para ver á los que estaban á la mesa, y descubrió allí un hombre que no estaba vestido con la vestidura nupcial, y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener la vestidura nupcial? Y él calló (**). Entonces dijo el rey á sus criados: Atadle de piés y manos, y echadle á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes: porque son muchos los llamados, y pocos los escogidos. (San Mateo, XXII, 1 á 14)."

Segun el uso de Oriente, los hombres distinguidos, y con mas razon los reyes, daban en sus banquetes vestiduras blancas á los convidados. En las Santas Escrituras se representan la inocencia pura y la virtud, bajo el emblema de una túnica blanca. "Tus sacerdotes se vistan la justicia," dice el Profeta rey (salmo CXXXI, v. 9). El profeta Zacarías ve en una vision al sumo sacerdote Jesus, su contemporáneo, vestido de vestiduras

(*) Y la Iglesia, figurada en esta sala, se llenó de un gran número de pueblos y naciones, que ocuparon el lugar de los judíos: cuyo pecado, como dice San Pablo (Rom., XI, 12), pasó á ser una ocasion de salud para los gentiles; y cuya caída ha sido las riquezas del mundo. (Nota del Illmo. Scío al cap. XXII de San Mateo).

(**) En este hombre que se encontró en el banquete sin el vestido de boda, está comprendida la multitud de los malos cristianos. (San Gerónimo. San Agustin). El testimonio de la conciencia, y el de los santos ángeles, no darán lugar á los malos para que puedan alegar ni una sola palabra en defensa suya. Este vestido es la caridad, que segun el testimonio de San Pedro (Epist. I, Cap. IV, 8), cubre á los ojos de Dios la multitud de nuestros pecados. (Idem idem).

manchadas, y el ángel en pié delante de él, que le dice: Quitadle las vestiduras manchadas; y añadió: He aquí que te he quitado tu iniquidad, y te he puesto un vestido nuevo (ó un vestido de repuesto). (Zacarías, Cap. III, v. 1 á 5). Los antiguos orientales, lo mismo que los modernos, eran menos esclavos que nosotros, de las modas siempre variables: una túnica muy blanca era el adorno mas precioso de los hombres. Si tenian mas de un vestido, *vestidos de repuesto*, era por la limpieza. Gustaban de que fueran no solo blancos, sino brillantes; por lo cual entre los romanos se les daba con mas frecuencia el epíteto de *candidus* que el de *albus*. En ellos se notaba la menor mancha y el grano mas pequeño de arena que se les pegase: era, pues, una vestidura enteramente limpia, sin mancilla y sin defecto, y por consiguiente, una imágen patente de la inocencia y la santidad. El apóstol San Judas dice: "Aborreced la vestidura manchada de la carne," es decir, el deleite.

De este modo viene á ser muy natural el sentido de la parábola del convidado que no tenia la túnica nupcial. Nosotros no podemos comparecer delante de Dios con nuestra propia justicia, es decir, con una justicia engañosa, así como el convidado no pudo presentarse al rey. Es menester que se perdone nuestro pecado, y que se nos aplique la justicia de Jesucristo. Si queremos agradar al Padre que quiere convidarnos al banquete nupcial, debemos haber lavado nuestro vestido en la sangre del cordero. En el Apocalipsis (Cap. XIX, v. 8) se

dice de la esposa del cordero: Y le fué dado vestirse de finísimo lino blanco y brillante.

Nuestra propia justicia, virtud natural, no nos hace aceptables á Dios, mucho menos cuando nos creemos ricos en virtudes, como el obispo de Laodicea, sin saber que somos desgraciados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

El convidado, vestido de una manera indecorosa, fué arrojado á las tinieblas exteriores, es decir, fué echado fuera de la sala magníficamente alumbrada y fuera del primer pátio, de modo que no podía ver el menor resplandor de la fiesta, y se encontraba en la oscuridad, porque el banquete nupcial se daba de noche.

CAPITULO VI.

SE HA DE PAGAR EL TRIBUTO AL CESAR.—LOS SADDUCEOS CONFUNDIDOS.

“Entonces los fariseos retirándose, tuvieron consejo para sorprenderle en sus palabras, y le enviaron sus discípulos que fingieron ser justos, con los herodianos (1),

(1) Trátase de saber si los herodianos son llamados así únicamente porque eran galileos y súbditos de Herodes, ó porque pertenecían á su partido que era muy devoto de los romanos. En el primer caso, pudieron muy bien ser de la secta de Judas el Gaulonita, cuyo patriotismo fanático aceleró la ruina de la nación. En el segundo caso, querían averiguar astutamente la respuesta de Jesus para ver si era adversa á los romanos, del mismo modo que los fariseos le hubieran hecho odioso al pueblo, si el Señor se hubiese declarado por el pago del tributo.

para entregarle á los magistrados y á la potestad del gobernador (romano): los cuales yendo le dicen: Maestro, sabemos que tú eres veraz, y enseñas el camino de Dios, y no haces caso de nadie, porque no miras á la persona de los hombres. Dinos, pues, lo que te parece: ¿Es lícito pagar el tributo al Cesar ó no (*)? Mas Jesus conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Díjoles Jesus: ¿Cuya es esta imágen é inscripcion? Y ellos le dicen: Del Cesar (1). Entonces les dice Jesus: Dad, pues, al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios. Y oyéndole ellos se admiraron y no pudieron tachar sus palabras delante del pueblo, y dejándole se retiraron. (San Mateo, XXII, 16 á 22, San Márcos, XII, 13 á 17, y San Lucas, XX, 20 á 26).”

(*) La pregunta de estos hombres estaba llena de malignidad y sutileza; ó para hacer confesar al Señor, que seguía y aprobaba la doctrina y opinion de Judas Galileo, que abrazaron despues aquellos perversísimos turbadores del sosiego público, á quienes Josefo en muchos lugares distingue con el nombre de *zelotas*, negando la obediencia y los tributos al príncipe romano, y persuadiendo á los suyos, que de ningún modo les era lícito estar sujetos al imperio de un pueblo idólatra: ó si el Señor respondía, que era necesario pagar el tributo al César, para desacreditarle con el pueblo, y publicar que este no podía ser el Mesías que esperaban, puesto que la opinion comun que reinaba entre ellos, era que su Mesías los había de librar de la dominacion y yugo de los infieles. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXII de San Mateo).

(1) Los emperadores romanos se llamaban así por Julio Cesar y Augusto, que tomó este nombre en calidad de hijo adoptivo de Cesar. Los griegos decían *kaisar*, de donde vino el *kaiser* de los alemanes.

“En aquel día se acercaron á él los saduceos, que dicen que no hay resurreccion, y le preguntaron diciendo: Maestro, Moises dijo: Si alguno muriese sin tener hijo, cásele su hermano con su muger y dé sucesion á su hermano muerto. (Deuteronomio XXV, 5). Pues habia entre nosotros siete hermanos, y el primero murió despues de casado, y no teniendo sucesion, dejó su muger á su hermano. Lo mismo sucedió al segundo, al tercero, y sucesivamente hasta el sétimo. Ultimamente ha muerto la muger de todos. En el día de la resurreccion ¿de cuál de los siete será muger? Porque todos la poseyeron. Y respondiendo Jesus les dijo: Estais en el error, no sabiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan y celebran bodas; pero los que serán dignos de aquel siglo y de la resurreccion de los muertos, ni se casarán, ni tomarán mugeres, porque ya no podrán morir, pues son iguales á los ángeles, é hijos de Dios, cuando sean hijos de la resurreccion. Mas acerca de que resucitan los muertos, ¿no habeis leído en el libro de Moises cómo le habló Dios en medio de la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Pues Dios no es el Dios de los muertos sino de los vivos, porque todos viven para él. Estais, pues, en un grande error. Y respondiendo algunos de los fariseos le dijeron: Maestro, has dicho bien. Y el pueblo que lo oia, se admiraba de su doctrina. (San Mateo, XXII, 23 á 33, San Márcos, XII, 18 á 27, y San Lucas, XX, 27 á 39).”

Entre las muchas pruebas de la inmortalidad de nuestra alma, que podia sacar del antiguo testamento el Hijo de Dios, escogió la mas noble y la que honraba mas nuestra especie, porque Jehová se llamaba el Dios de los muertos que han vivido en él. Los saduceos obcecados, que querian sorprenderle en sus palabras, no sospechaban siquiera que el que habia hablado á Moises desde la zarza, estaba delante de ellos.

“Mas los fariseos, sabiendo que habia impuesto silencio á los saduceos, se congregaron, y uno de ellos que era doctor de la ley, le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento en la ley? Y Jesus le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Mas el segundo se le parece: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay ningun mandamiento mayor que éste. En estos dos mandamientos consiste toda la ley y los profetas. Y le dijo el escriba: Maestro, tú has dicho la verdad; que hay un solo Dios y que no hay otro mas que él, y que se le ha de amar de todo corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas; y que el amar al prójimo como á sí mismo, es el mayor de todos los holocaustos y sacrificios. Viendo Jesus que habia respondido con sabiduría, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. (San Mateo, XXII, 34 á 40 y San Márcos, XII, 28 á 34).”

“Y habiéndose congregado los fariseos, los preguntó Jesus diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David. Y él les dijo: Pues ¿cómo David que era inspirado, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta que ponga á tus enemigos por escabelo de tus piés? Si pues David le llamaba Señor, ¿cómo es su hijo? Y nadie podía responderle una palabra, ni se atrevió ninguno desde aquel dia á preguntarle mas. Y una gran multitud le oyó con gusto. (San Mateo, XXII, 41 á 46, San Marcos, XII, 35 á 37, y San Lucas, XX, 41 á 44).”

CAPITULO VII.

DOCTORES Y FARISEOS MALDITOS.—TERCERA PREDICACION DE LA RUINA DE JERUSALEM.

“Entonces habló Jesus á la multitud y á sus discípulos, diciendo: Los escribas y fariseos están sentados en la cátedra de Moises. Así, guardad y haced todo lo que os dijeren; pero no obreis segun sus obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas é insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero no quieren moverlas con su dedo. Hacen todas sus acciones para que las vean los hombres, por lo cual ensanchan sus filacterios y adornan sus orlas. Y gustan de los puestos preeminentes en los convites, y de los primeros asientos en las sinagogas, y de pasearse con

largos trages y ser saludados en las plazas públicas, y que los hombres los llamen maestros. Mas vosotros no querais ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros sois todos hermanos. Y no llameis á nadie vuestro padre en la tierra, porque solo uno es vuestro Padre que está en los cielos, ni os llameis maestros, porque solo uno es vuestro maestro, Cristo. El que es mayor entre vosotros, será vuestro siervo, porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado. Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque cerrais el reino de los cielos á los hombres y no entráis vosotros ni dejais entrar á los que entran. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque devorais las casas de las viudas haciendo largas oraciones: por eso sufrireis un juicio mas rigoroso. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que recorreis la tierra y el mar para hacer un solo prosélito, y cuando le habeis hecho, le haceis hijo del infierno dos veces mas que vosotros. ¡Ay de vosotros guias ciegas! que decís: Cualquiera que jurare por el templo, no está obligado á nada; mas el que jurare por el oro del templo, tiene obligacion. ¡Insensatos y ciegos! pues ¿qué es mayor? ¿el oro, ó el templo que santifica el oro? Y cualquiera que jurare por el altar, no está obligado á nada; mas el que jurare por el don que está sobre aquel, tiene obligacion. ¡Ciegos! pues ¿qué es mayor? el don, ó el altar que santifica el don? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él y por todo lo que

hay en él; y el que jura por el templo, jura por él y por el que habita en el mismo; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que está sentado en él. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagais el diezmo de la yerbabuena, del anís y del comino, y dejais las cosas más importantes de la ley, el juicio, la misericordia y la fé. Preciso era hacer esto y no omitir aquello. Conductores ciegos, que desechais un mosquito y os tragais un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque limpiáis lo que hay por fuera del plato y de la copa, y por dentro estais llenos de rapiña é inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior del plato y de la copa para que quede limpio lo que está fuera. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos á los hombres, y por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda corrupcion. Así vosotros, por fuera pareceis justos á los hombres; pero por dentro estais llenos de hipocresía é iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificais sepulcros á los profetas y adornais los monumentos de los justos y decís: Si nosotros hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en derramar la sangre de los profetas. Así servís de testimonio á vosotros mismos que sois hijos de aquellos que mataron á los profetas: y vosotros llenareis la medida de vuestros pa-

dres (*). Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huireis del juicio del fuego? Por eso ved que os envío profetas y sábios y doctores, y de ellos matareis á muchos, y á otros los crucificareis, y á otros los azotareis en vuestras sinagogas y los perseguireis de ciudad en ciudad para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matásteis entre el templo y el altar (**). En verdad os digo, todas estas cosas caerán sobre esta generacion. Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que son enviados á tí, ¿cuántas veces quise reunir á tus hijos, á la manera que reúne la gallina sus pollos bajo sus alas, y no quisiste! He aquí que vuestra casa os quedará desierta, porque yo os digo, que no me vereis ya hasta que digais: Bendito el que

(*) Haciendo morir al Justo, y al Santo de los santos, y desechando con el mayor desprecio el reino de este hombre Dios, que las Escrituras les prometian despues de tantos siglos, como á su verdadero Rey y Salvador. Escarmienten los pecadores, y teman llenar la medida, esto es, aquel número de pecados, que el Señor tiene determinado sufrir, para descargar despues sobre ellos todo el peso y rigor de su justicia. (Nota del Illmo. Scio al cap. XXIII de San Mateo).

(**) San Gerónimo dice: que este era el santo sacerdote, hijo del pontífice Joiada, por otro nombre, Barachías. Animado del espíritu de Dios, reprendió con grande celo á los israelitas la abominacion é idolatría que cometian, y por esto le mataron á pedradas entre el altar de los holocaustos y el templo. Otros se persuaden, que es vaticinio de la muerte de Zacarías, hijo de Baruch, antes que los romanos tomaran á Jerusalem. Véase *Josefo* sobre este Barachías. (Idem idem).

viene en el nombre del Señor. (San Mateo, XXIII, San Márcos, XII, 30 á 40, y San Lúcas, XI, 39 á 52, y XX, 45 á 47)."

Jesucristo toma estas últimas expresiones de las aclamaciones de júbilo con que le había saludado el pueblo dos ó tres días antes, y anuncia á éste que iba á dejarle para no visitarle mas con su gracia hasta el día en que convertido Israel al Señor, le reconozca por el Mesías y adore en él al Hijo eterno del Padre eterno. El discurso animado del Hijo de Dios, concluye con un pasage á manera de trueno, con un ardiente estremecimiento y una emoción viva por la suerte reservada á Jerusalem, y por último, con una ojeada hácia lo futuro, y una promesa que aparece en el cielo oscurecido, como el arco iris de la alianza divina. Nuestro Salvador dió á entender también con estas palabras, que no volvería mas al templo.

Jesús hablaba en este discurso con energía, como quien tiene autoridad y no como los escribas y fariseos: hablaba como un profeta, porque estos se expresaban libremente sin atender al tiempo ni hacer acepción de persona, como que Dios hablaba por su boca. En calidad de tal llamó el Señor á los fariseos *raza de víboras*, del mismo modo que diera un día el nombre de *zorras* á Herodes. (San Lúcas, XIII, 32). Ya he citado en otro lugar este discurso, con reflexiones que sería superfluo repetir aquí.

CAPITULO VIII.

LA LIMOSNA DE LA VIUDA.

“Y estando sentado Jesús enfrente del tesoro del templo, miraba cómo la gente echaba dinero en el cepo (1), y muchos ricos echaban muchas monedas. Habiendo llegado una pobre viuda, echó dos monedas pequeñísimas que componen un cuadrante, y Jesús llamando á

(1) El cepo se llamaba en hebreo *korban*. Componíase de trece cajas que tenían como los cepos de nuestras iglesias, y los de los pobres una abertura por arriba. Las nueve cajas primeras estaban destinadas para las ofrendas de obligación, y las cuatro últimas para los dones voluntarios. Se había introducido la costumbre, que todo el que iba al templo echase alguna moneda de plata en el cepo. Este estaba puesto en el vestíbulo de las mugeres, llamado así porque no podían las mugeres pasar de allí, del mismo modo que los paganos estaban obligados á quedarse en el vestíbulo mas exterior, que se llamó el vestíbulo de los paganos ó de las naciones. Mas el vestíbulo de las mugeres estaba ocupado durante el oficio divino, por hombres y mugeres, con la diferencia que aquellos se quedaban en el piso bajo, y éstas subían á unas galerías, segun se practica aun hoy en las sinagogas. Entre este vestíbulo y el patio de los sacerdotes, había otro vestíbulo estrecho, llamado de Israel, porque allí se reunían unos hombres especiales que oraban y glorificaban á Dios, mientras duraba el oficio en nombre de las tribus de Israel. Páreceme que se podrían comparar á nuestros canónigos (Prideaux).

El cuadrante era una moneda romana, que valía la cuarta parte de un sueldo.

Los cambistas tenían también sus mesas en el vestíbulo de las mugeres. En general se habla de éste siempre que se dice que nuestro Salvador ó sus apóstoles estaban en el templo. Allí era donde enseñaba al pueblo que acudía en tropa al tiempo de las ofrendas diarias.